BREVE HISTORIA DEL SOCIALISMO Y DEL COMUNISMO

BREVE HISTORIA DEL SOCIALISMO Y DEL COMUNISMO

Javier Paniagua

nowtilus

Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve historia del socialismo y del comunismo
Autor: © Javier Paniagua

Copyright de la presente edición: © 2010 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Diseño y realización de cubiertas: Nicandwill

Reservados todos los derechos del texto de este libro. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-788-6

A Joan Paniagua Armengol,
que nació veinte años después de la caída
del «muro» y en medio de la crisis
de la socialdemocracia.

¿Por qué estás en la cárcel?
—Por pereza.
—No es posible, por eso no encarcelan a nadie.
—¡Sí! Una tarde estuve hablando
de política con un amigo y criticamos
la política bolchevique. Decidí ir a
denunciarlo al día siguiente por
la mañana. Pero él reaccionó más
deprisa y acudió a los Órganos de
la KGB antes de irse a la cama.
(Chiste que corría entre
intelectuales en la URSS en
los años 30 del siglo XX).

Índice

Introducción..... 13

Capítulo 1:
De los precursores de Marx a la
formación del marxismo teórico y político..... 17
La Revolución Industrial cambia el mundo..... 18
Los impropiamente llamados
«socialistas utópicos»..... 26
De *El Manifiesto comunista*
a la I Internacional..... 32
Dos formas de entender la futura sociedad
socialista: Bakunin y Kropotkin *versus* Marx
La Comuna de París como símbolo..... 40
El socialismo cristiano..... 47

Capítulo 2:
Los socialistas intentan cambiar el mundo
extendiendo la revolución: La II Internacional..... 51

La segunda generación de la
Revolución Industrial..... 51
La formación de los partidos socialistas..... 59
La constitución de la II Internacional..... 79

Capítulo 3:
Revisionismo y marxismo-leninismo: la crisis
del internacionalismo socialista (1914-1939)..... 83
La I Guerra Mundial y el socialismo..... 83
La Revolución Rusa..... 89
La fundación de la III Internacional..... 109
La consolidación del estalinismo
en la Unión Soviética..... 113

Capítulo 4:
De la II Guerra Mundial
a la «Guerra Fría» (1939-1945)..... 119
El triunfo de la democracia en la Europa
occidental: socialismo y comunismo
frente a fascismo y nacionalsocialismo..... 119
La expansión del comunismo en el
mundo y la contraofensiva occidental..... 138
El desarrollo de la propaganda política
en la Guerra Fría: la socialdemocracia
apuesta por la sociedad de mercado..... 152

Capítulo 5:
Comunismo, liberalismo
y socialdemocracia (1946-1973)..... 155
El triunfo de la Revolución China:
el marxismo-maoísmo..... 155
La evolución de las democracias populares
en el este de Europa..... 160

Los movimientos socialistas en Latinoamérica: de Fidel Castro al Chile de Allende..... 178
África: un socialismo anticolonialista..... 189
Las fronteras de la socialdemocracia en las crisis del libre mercado..... 195
Las reinterpretaciones del marxismo en los años 70 del siglo XX: eurocomunismo y socialdemocracia..... 200

Capítulo 6
Neoliberalismo, perestroika y socialdemocracia..... 207
Grecia, Portugal y España: la superación de las dictaduras y el auge socialista..... 207
La crisis del comunismo real. De la perestroika a la caída del muro de Berlín, y el efecto dominó en las repúblicas democráticas del este de Europa..... 224
Gorbachov y la perestroika..... 230
El socialismo en las sociedades de libre mercado: la redefinición ideológica de la socialdemocracia..... 236
Mayo del 68..... 236
China: de la vía socialista al capitalismo..... 243

Conclusión..... 249

Bibliografía básica general..... 259

Bibliografía básica específica..... 265

Introducción

El término «socialismo» no tiene una procedencia muy clara. Empezó a divulgarse en el primer tercio del siglo XIX, hacia 1830. Se cita que fue en Inglaterra donde aparece, por primera vez, la palabra vinculada a las reformas que proponía Robert Owen y, al parecer, se utilizó también en el periódico francés *Le Globe,* dirigido en 1832 por Pierre Leroux, un seguidor del presocialista Saint-Simon. Su significado variaba según el autor que lo utilizara, y con él se aludía a todo tipo de proyectos, profecías o protestas sobre las condiciones sociales y económicas derivadas de la Revolución Industrial, cuando la vida de la mayor parte de la población trabajadora fue muy dura, en los límites de la subsistencia y sus viviendas eran insalubres. La jornada de trabajo se prolongaba más de quince horas y los niños y las mujeres tenían que trabajar para contribuir al sustento fami-

liar. En 1832, una comisión parlamentaria británica recogió testimonios sobre las precariedades laborales de las trabajadoras y de los niños y propuso que su horario se limitara a doce horas. Pero diez años más tarde la situación no había cambiado mucho y se verificó que un niño de seis años pasaba su jornada laboral en el fondo de una mina para abrir y cerrar las compuertas de la ventilación y permitir el paso de las vagonetas.

La reflexión sobre esta realidad estimuló a algunos a la búsqueda de soluciones para resolver los problemas de hacinamiento en las ciudades y, en este sentido, el pensamiento de la Ilustración, desarrollado a lo largo del siglo XVIII, se convirtió en una fuente de inspiración para aquellos autores sensibilizados ante los cambios radicales que aparejaron la industrialización y el lema de *Libertad, igualdad y fraternidad* de la Revolución Francesa.

A partir de 1830, el término «socialismo» formó parte del lenguaje popular, asimilándolo a la consecución de una mejora de las condiciones sociales y políticas de la mayoría de los trabajadores, quienes al principio solo plantearon la extensión de la democracia para todos los varones, es decir, el sufragio universal masculino. Posteriormente, se denominaría también «comunismo», en tanto que fase final del socialismo. Surgieron alternativas imaginativas, de carácter colectivista, para solucionar la evidente situación de indefensión de la población obrera y campesina. El socialismo, no obstante, adquirió un nivel de mayor coherencia con las propuestas políticas y los análisis de Marx y su amigo Engels que, partiendo de la filosofía alemana, la tradición revolucionaria francesa, principalmente jacobina, y los economistas ingleses y escoceses, construyeron una teoría socialista que calificaron de «científica» y que impulsaron desde dis-

tintas plataformas políticas y sindicales, implicándose en ellas, sin limitarse a los análisis intelectuales. En 1848 Marx y Engels publicaron *El Manifiesto comunista,* donde pretendieron trazar los límites entre las reivindicaciones democráticas de la burguesía y las específicas de los obreros, llamados también «proletarios», para darles un sentido más amplio que el de simples trabajadores de un taller o fábrica, por cuanto había que contar con aquellos trabajadores autónomos que vivían de su oficio (zapateros, carpinteros, pintores…). El socialismo empezó a arraigar entre los primeros trabajadores industriales y artesanos de los oficios, y se extendió por las nuevas fábricas, a finales del siglo XIX, donde se concentraba una gran cantidad de ellos. Sin embargo, entre los campesinos solo adquiriría una fuerza política consistente y de grandes masas a partir de la I Guerra Mundial.

La vida de los partidos socialistas no estuvo exenta de dificultades, en ellos aparecieron divergencias tácticas y estratégicas sobre cómo alcanzar el poder político para facilitar la llegada del socialismo. Surgieron los revisionismos del marxismo desde posiciones más moderadas, que incorporaban reflexiones de otros filósofos o interpretaciones más radicales, como las de Lenin, que condujo a la Revolución Rusa de 1917 y a la creación de los partidos comunistas, con la escisión irrevocable en el socialismo.

Hubo intentos tardíos, muy desiguales, a finales de los años 70 del siglo xx, de recomponer la unidad perdida entre socialistas y comunistas, pero nunca cuajaron. La gran mayoría de los partidos denominados «socialistas» o «socialdemócratas» habían abandonado el marxismo como base de interpretación del mundo y de estrategia política. La URSS representaba un modelo de

organización que no favorecía el bienestar de los trabajadores en términos similares a los logrados por los socialistas por medios políticos y sindicales en las economías de libre mercado. Además, comenzaron a valorar la labor de los empresarios que estimulaban el crecimiento y creaban puestos de trabajo, aunque criticaban al especulador que hacía fortuna aprovechando una buena coyuntura pero sin contribuir en nada a la riqueza de los Estados. Bruno Kreisky, presidente del Gobierno austriaco y secretario general del Partido Socialdemócrata Austriaco, por aquellos años publicó un artículo, «Las perspectivas del socialdemocratismo en los años 70», donde afirmaba que «la socialdemocracia no podrá ser jamás un aliado de la dictadura comunista […] es la alternativa al comunismo».

En estas páginas se cuenta sucintamente, y esperemos que con la suficiente claridad para el lector no especializado, la evolución de un movimiento dual, socialista y comunista, sin el cual no podemos entender lo que ha ocurrido en el mundo desde el siglo XVIII hasta el siglo XXI.

1

De los precursores de Marx a la formación del marxismo teórico y político

Desde una concepción amplia, podríamos fijar los antecedentes del socialismo en el mismo pensamiento humano. La preocupación por mejorar las condiciones sociales se remontan a diversas culturas. Akhenaton, el faraón egipcio, o Confucio, en China, hacen referencia en el siglo XIV a. C. y en los siglos VI y V a. C., respectivamente, a la necesidad de igualdad de todos los seres humanos y a extender la educación entre toda la población. De igual manera, existen testimonios en la Grecia clásica y en la Roma antigua, como la propuesta de la sociedad ideal de Licurgo para la ciudad de Esparta, que Platón cita en sus obras del siglo IV a. C. Durante la Edad Moderna, la rebelión de los campesinos alemanes en el siglo XVI, bajo la dirección del anabaptista Munster, proponía la abolición de la propiedad privada. También durante la época de Oliver Cronwell los llamados *levellers*,

o «niveladores», planearon, una centuria más tarde, una estructura social igualitaria e incluso algunos cultivaron las tierras comunales para distribuir la producción entre todos. De igual manera, podemos encontrar formas de socialismo en las reducciones jesuíticas establecidas entre los guaraníes de Paraguay en el siglo XVIII, con una organización social donde no existía el dinero y la tierra, los edificios y el ganado estaban colectivizados. Asimismo, durante la Edad Moderna se escribieron diversas «utopías», como la de santo Tomás Moro en 1516 o la de *La ciudad del sol,* de Tomás Campanella, en 1623, en las que se proponía la propiedad comunitaria.

Pero hasta la Revolución Francesa y la Revolución Industrial no surgen propuestas de lo que realmente entendemos como socialismo o comunismo, que irán extendiéndose en los siglos XIX y XX.

La Revolución Industrial cambia el mundo

Desde la Baja Edad Media hasta bien entrada la Edad Moderna (entre los años 1300 y 1700) los cambios económicos y sociales en Europa se sucedieron de manera lenta. Las ciudades acogieron los oficios, y las cortes de los reyes, que iban imponiéndose a la nobleza, exigían reflejar ese poder absoluto que las monarquías europeas querían representar, lo que comportaba nuevas construcciones, nuevos objetos decorativos y nuevas maneras de vestir. El lujo se convirtió en un elemento demandado por esos monarcas y nobles que disfrutaban de las rentas de sus tierras y de los tributos que los vasallos o siervos rendían a sus señores. Pero el sistema feudal en que se basaba el Antiguo Régimen empezó a ser cuestionado

cuando aparecieron nuevas maneras de producción, al tiempo que se creaban inventos que mejoraban las formas de labranza. A principios del siglo XVIII, un campesino labraba 0,4 hectáreas por día con un arado tradicional uncido a un buey, pero a finales del mismo siglo el arado se había perfeccionado y se utilizaba el caballo, lo que permitía labrar el doble en un día. Trabajar la tierra se hizo rentable con unos costes de producción menores y un considerable aumento de la productividad en las tierras cultivadas. Los productos podían venderse a precio más bajo y los propietarios veían incrementarse sus beneficios. Con la introducción de nuevas técnicas se producía, al mismo tiempo, la concentración de la propiedad y el abandono del sistema comunal de cultivos.

En Gran Bretaña, el Parlamento dictó normas sobre la concentración de la propiedad y estableció los cercamientos *(enclosures)*. La aristocracia y los campesinos más afortunados se hicieron propietarios de grandes explotaciones, mientras los más pobres tuvieron que abandonar sus hogares, trasladarse a las ciudades y emplearse como mano de obra barata en talleres y en las nuevas fábricas que cambiaron las formas de producción. En ellas empezó una nueva forma de trabajo que, dado que subsistieron los trabajadores autónomos de los oficios, no sería hegemónica hasta el siglo xx. Las máquinas, movidas por el vapor, concentraban en un mismo espacio a los obreros que realizaban partes diferentes de un producto, no como los artesanos que eran responsables de todo el proceso desde el principio al final. La división del trabajo alteró, poco a poco, las formas de producción al tiempo que el feudalismo entraba en decadencia: los trabajadores ya no estaban obligados a permanecer en la tierra en que habían nacido y traba-

jar, o proporcionar una parte de su cosecha al propietario aristócrata o eclesiástico.

Muchos artesanos y trabajadores que combinaban las faenas del campo con la elaboración en sus casas de materiales que recibían de los comerciantes vieron cómo su trabajo disminuía, y manifestaron su protesta con la destrucción de las máquinas. Esta forma de violencia se conoce con el nombre de «movimiento ludita», en referencia a la figura mítica del británico Ned Ludd, cuya fama se extendió por los actos de destrucción de los nuevos inventos. En España, la primera acción ludita tuvo lugar en Alcoy, en 1821, cuando más de 1000 trabajadores de esa comarca valenciana que trabajaban en sus domicilios para la industria textil —elaborando con la materia prima que les proporcionaba un comerciante un producto, o parte del mismo— destrozaron las máquinas que algunas empresas habían introducido.

A partir de entonces, de esas primeras décadas del siglo XIX, se trabajaría por un salario que, aunque dependería de la oferta y la demanda, generalmente estaba en el límite de la subsistencia, lo que condicionaba unas formas de vida duras, sin regulación de los horarios de trabajo que sobrepasaban las catorce horas diarias, y sin ningún derecho si los trabajadores se enfermaban o si llegaban a una edad en que ya no podían soportar la dureza de la jornada laboral y las condiciones laborales. Los lugares de trabajo no tenían la ventilación adecuada ni una iluminación propicia. Muchas mujeres y niños que habían perdido a sus maridos y padres tenían también que emplearse para poder alimentarse. El escritor británico Charles Dickens reflejó en muchas de sus novelas las miserables vidas de los obreros industriales. La segunda novela de Dickens, *Oliver Twist* (1839) es uno

de los testimonios más significativos, o *La isla de Jacob*, donde una prostituta es humanizada como víctima de los cambios sociales, mujeres que eran tachadas de «desafortunadas», inmorales víctimas inherentes a la economía del capitalismo. *La casa desolada* y *La pequeña Dorrit* expresaron duras críticas hacia el comportamiento de las instituciones y la moral hipócrita de la época de la reina Victoria, la llamada «era victoriana».

Surgieron instituciones que trataron de paliar estas paupérrimas condiciones de vida, como las casas de beneficencia. En Gran Bretaña se crearon los talleres de trabajo, las *workhouses*, donde se internaba a indigentes o niños huérfanos a los que se obligaba a trabajar con un régimen disciplinario estricto. En Francia, la Revolución (1789-1815) abolió los derechos feudales sobre las tierras y su propiedad pasó a los campesinos que las labraban, y lo mismo ocurrió en España con la desamortización de las tierras de la Iglesia. A medida que se desarrollaba la industrialización y los problemas que creaba, la «cuestión social» se convirtió en tema tratado por escritores, ensayistas, economistas, religiosos, filántropos, legisladores y gobernantes, y adquirirá matices interpretativos distintos según autores y épocas.

La dialéctica entre la libertad individual y la lucha por conquistar, mediante la asociación, mejoras en las condiciones de vida o cambiar radicalmente el sistema capitalista fue el eje sobre el que giró la dinámica de los combates sociales de aquellos que vivían en los límites de la subsistencia. Ya en la Francia revolucionaria estalló, en 1796, la «Revolución de los Iguales». Se trataba de una insurrección protagonizada por los seguidores de François Noël Babeuf para derrocar al Directorio e implantar un gobierno revolucionario. Babeuf fue el primero en expo-

ner un programa revolucionario en su *Manifiesto de los iguales,* publicado en noviembre de 1795, que suponía una concepción radical de las relaciones económicas donde el comunismo distributivo y de consumo se convertía no en una utopía sino en una propuesta ideológica. Intentó construir una sociedad donde no existiera la propiedad privada y se estableciera la comunidad de bienes y de consumo, pero nunca abordó cómo se realizaría la producción. Insistió mucho en la colectivización de la tierra y por ello su comunismo tiene connotaciones agraristas. Representó un salto cualitativo en las manifestaciones y reivindicaciones de los *sans-culottes,* los artesanos, campesinos y obreros que fueron las bases de los jacobinos, que manifestaron durante la Revolución Francesa el malestar por el alza de los precios de los alimentos de primera necesidad, especialmente el pan, y la necesidad de que se pusiera coto a los cambios de los precios en función de la especulación del mercado. Fracasado su intento, Babeuf murió en la guillotina.

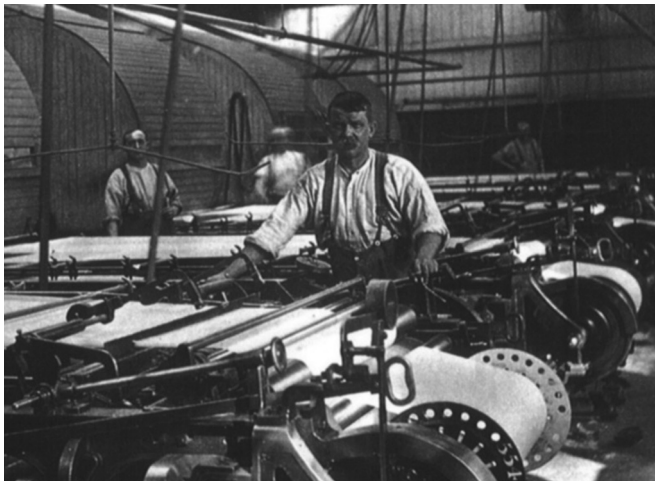
La Asociación de Trabajadores de Londres, que se organizó a principios de los años 30 del siglo XIX por la acción de un ebanista, sin tener todavía un carácter sindicalista, proclamó, en 1838, la Carta del Pueblo. La presentaron en el Parlamento con la intención de conquistar los derechos políticos para todos los ciudadanos, sin distinción de rentas. También reivindicaban mejores viviendas, comida y una jornada laboral más corta. En 1840 se crearía la Asociación Nacional Cartista con el propósito de luchar por los derechos de «la Carta», pero la división entre sus líderes impidió conseguir alguno de sus propósitos. Experiencias similares surgidas en otros países europeos sensibilizaron a los Gobiernos respecto a que no podían inhibirse ante la «situación social» de la clase



Babeuf quiso hacer popular la Revolución Francesa.

obrera. Esta todavía no había creado alternativas propias, tan solo algunas asociaciones de oficios que apuntaban a lo que después sería el movimiento sindicalista y los partidos obreros. El sindicato, es decir, la unión permanente de los trabajadores para defender sus intereses, surgiría como tal a finales del siglo XIX y propició la conciencia de que la clase obrera tenía objetivos distintos a los de los propietarios de los medios de producción.

Pero sigamos con las transformaciones económicas promovidas desde el siglo XVIII. Los cambios de la revolución agraria tuvieron efectos inmediatos sobre la industria del hierro con la fabricación de nuevos aperos de labranza. Posteriormente, los agricultores demandaron, además de máquinas movidas por el vapor, fertilizantes, estimulando la industria química. Además, buena parte del capital acumulado por la agricultura se invirtió en la



Campesinos convertidos en obreros.

industria en unos tiempos en que la expansión colonial británica estaba en auge.

El aumento del comercio más allá de las fronteras de los Estados proporcionó la expansión del capitalismo por todo el mundo y se intensificó la colonización para conseguir materias primas a costes bajos. Esta expansión comercial, iniciada por Gran Bretaña, influyó en la construcción de barcos más potentes y rápidos. Y las rentas obtenidas del comercio fueron, también, un factor de inversión para la producción industrial. A partir de 1830 la expansión del ferrocarril permitió un transporte más fluido de mercancías y pasajeros y una expansión de la industria siderúrgica.

Las ciudades, que comenzaron a desarrollar las nuevas formas productivas, crecieron en el extrarradio de manera improvisada, con nuevos suburbios donde re-

sidían los trabajadores en condiciones muy precarias. Las casas, generalmente construidas por ellos mismos, estaban exentas de las condiciones de salubridad mínimas y en ellas se hacinaban las familias que emigraban del campo a la ciudad.

La explosión demográfica que se inició en el siglo XVIII se afianzó durante el siglo XIX: las tasas de mortalidad fueron disminuyendo, al tiempo que la natalidad se mantenía alta. Fue desapareciendo la pandemia de la peste bubónica que hasta el siglo XVII había tenido efectos catastróficos sobre la población, y aunque todavía hubo epidemias importantes de peste junto a otras como la gripe, el tifus y el cólera, los cordones sanitarios que el Ejército imponía, aislando las zonas infectadas, permitieron controlar los focos infecciosos. A partir de mediados del siglo XIX, los nuevos descubrimientos médicos —entre ellos las vacunas— también contribuyeron a paliar los índices de mortalidad. Pero, sobre todo, la revolución agraria posibilitó una mayor abundancia de alimentos que mejoró la salud de la población, junto a medidas higiénicas en las grandes ciudades a través de la canalización de las aguas fecales y el cambio de costumbres en el aseo personal.

Todos estos cambios comenzaron, como hemos apuntado en varias ocasiones, en Gran Bretaña y fueron extendiéndose, en más o menos tiempo, por toda Europa hasta llegar, en el primer tercio del siglo XX, a Rusia y los países de la Europa oriental, para abarcar, en el siglo XXI, a todos los continentes. Si la industrialización no ha tenido el mismo grado de desarrollo en todas partes, y aún quedan muchas zonas sin industrializar, sus efectos económicos y sociales han afectado a la inmensa mayoría de la población mundial.

Pero la Revolución Industrial no fue solo una revolución tecnológica que proporcionó mejoras en la agricultura y la producción en serie. Significó un cambio radical en las relaciones de producción que acabaron con el sistema feudal de vasallaje y posibilitó la libertad de comercio y contratación de la mano de obra con el fin de sacar el mayor beneficio posible al menor coste. Esta nueva etapa, que se conoce con el nombre de «capitalismo», alcanzaría progresivamente a casi todos los rincones de la tierra.

Los impropiamente llamados «socialistas utópicos»

Las transformaciones económicas y sociales generadas por la Revolución Industrial también afectaron a la organización política. Ellas pusieron las condiciones para permitir el despegue económico. La revolución inglesa del siglo XVII, la estadounidense de 1776 y, sobre todo, la francesa en 1789 dieron pie a la igualdad de derechos —penales, civiles y políticos— y a la abolición de los estamentos feudales con sus privilegios propios y sus diferencias según se perteneciera a la nobleza, al clero o se fuera un simple villano o burgués. Nació el concepto de *ciudadanía* y una forma diferente de entender la relación entre gobernantes y gobernados. Poco a poco se extendió el liberalismo que, sin constituir una teoría política muy definida, fue el fruto de la confluencia de distintas corrientes de pensamiento que resaltaban la capacidad individual de decidir, por encima de los principios y costumbres considerados inmutables por la tradición.

Los descubrimientos científicos, la filosofía empirista y las ideas políticas de la Ilustración constituyeron las bases ideológicas sobre las que se asentó el liberalismo, que se convirtió en la ideología de la burguesía, principal protagonista de los movimientos políticos revolucionarios. Fue ella la que introdujo las nuevas formas de producción de la Revolución Industrial, la que se enriqueció con los nuevos negocios y los expandió allí donde existiera un mercado para vender sus productos, la que estuvo interesada en explorar continentes como Asia y África a fin de conseguir materias primas a bajo coste. Igualmente, constituyó las nuevas entidades financieras que invertirían en todo aquello que le supusiera beneficios. Esta nueva clase social, que fue desplazando a la nobleza feudal del poder en la primera mitad del siglo XIX, utilizó el lema de *Libertad, igualdad y fraternidad* para desbancar con la ayuda de los trabajadores, a los viejos gobernantes. Sin embargo, los nuevos obreros no vieron en el liberalismo la mejora de sus vidas, e incluso en muchos casos sus condiciones económicas fueron peores que cuando vivían de la agricultura y la compatibilizaban con el trabajo a domicilio. Lo mismo les ocurrió a los artesanos, que, aunque subsistieron, su trabajo se hizo cada vez más subsidiario y se redujo a determinadas labores en las que la habilidad era fundamental para conseguir el producto final.

Entre la Revolución Francesa y 1848, burgueses y obreros lucharon juntos en las barricadas para conseguir consolidar las libertades políticas a las que todavía se oponían las fuerzas del Antiguo Régimen. Pero los trabajadores descubrieron que el liberalismo significaba, principalmente, libertad para fabricar, comerciar y ampliar los mercados. Libertad para elegir el gobierno apro-

piado y votar las leyes que se consideraran convenientes. Libertad para salvaguardar la libertad de expresión y asociación y libertad para respetar los derechos individuales. Pero estas libertades no eran iguales para todos. Los financieros, propietarios de las industrias, o grandes comerciantes y terratenientes se las guardaron para sí, y solo los que tenían una determinada renta podían votar u ostentar cargos en el Gobierno.

Los obreros y campesinos sin tierras quedaron desamparados, a merced de la libertad de contratación de los que poseían la propiedad de los medios de producción. Fue entonces cuando se percataron de que solo con sus propias fuerzas podrían mejorar sus condiciones de trabajo, e incluso empezaron a plantearse que el nuevo sistema capitalista podía cambiarse por otras formas productivas que extendieran una mayor justicia en la sociedad.

Surgieron una serie de autores, entre finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, que analizaron, según sus perspectivas, las causas que habían provocado las nuevas formas productivas y propusieron los remedios que consideraron oportunos para eliminar las injusticias sociales. Son los conocidos como «socialistas utópicos». El *socialismo utópico* es una expresión que empleó el marxismo para distinguirlo de lo que consideraba que era el *socialismo científico* propuesto por Frederick Engels y, sobre todo, por Karl Marx. Ambos creyeron haber descubierto las leyes científicas de los procesos históricos y las relaciones de dominación en cada uno de los periodos, que conduciría, inexorablemente, al socialismo. Los «utópicos», según Frederick Engels, partían de una supuesta concepción previa de la naturaleza humana que debía tenerse en cuenta para con-

seguir un orden social justo, al margen de las condiciones históricas.

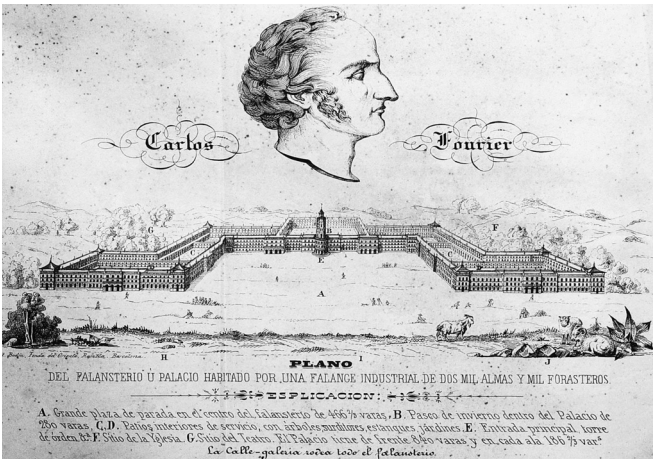
Los análisis y las propuestas de cada autor fueron muy diferentes pero, en algunos casos, le sirvieron a Marx para su crítica del capitalismo y de los procesos históricos. Y algunas de sus preocupaciones perviven en los tiempos actuales. En ese sentido aunarlos en un conjunto único, tachándolos de «utópicos», no parece lo más adecuado. Podríamos definirlos, tal vez, como «socialistas de anticipación»

Cabe citar al británico Robert Owen (1771-1858) y a los franceses Claude-Henri de Saint-Simon (1760-1825), Charles Fourier (1772-1837) y a los que desarrollaron sus teorías en el siglo XIX como Louis Blanc (1811-1882), Auguste Blanqui (1805-1881) y Joseph Proudhon (1809-1965). También podría alcanzar a otro británico, William Godwin (1756-1836) —padre de Mary Shelley, autora de la novela *Frankenstein*—, considerado el primer teórico del anarquismo. Todos ellos contribuyeron, en mayor o menor medida, a criticar las injusticias que producía la economía de mercado en un tiempo en que el Estado prácticamente no intervenía en las condiciones de los trabajadores contratados por los dueños de talleres y fábricas. Y también propusieron soluciones. El conde Saint-Simon, por ejemplo, tenía una concepción del cambio histórico en la evolución de la humanidad y así lo expresó en su principal obra, *El nuevo cristianismo* (1825). Creía que, al final, el pensamiento científico sería el triunfador y determinaría cómo debían organizarse las relaciones económicas y sociales. Afirmaba que del estadio feudal, donde predominaba la metafísica religiosa y la teología, se había pasado a la sociedad industrial con el triunfo de la racionalidad cien-

tífica que había facilitado el progreso. Los más preparados intelectualmente serían los que debían dirigir la sociedad para que esta alcanzara las mayores cotas de riqueza. Las sociedades tenían que ser analizadas del mismo modo que otras materias experimentales, tales como la física o la biología. Uno de los discípulos, y antiguo secretario de Saint-Simon, el francés Auguste Comte (1798-1857), pasa por ser el creador de la sociología y formulador del *positivismo*, que pretendía reducir todo saber a la ciencia que se demuestra con la experimentación.

De manera muy diferente analizó los nuevos tiempos Charles Fourier, quien estimaba que la pobreza era la causa principal de los desórdenes sociales. Cuestionó la libre competencia, que se imponía con la industrialización, y el sistema comercial capitalista, que conocía bien puesto que él mismo había heredado la profesión de su familia: comerciante. Propuso en 1829 un modelo agrarista, los «falansterios», donde convivirían un grupo de personas (1620 sería el número adecuado) en una extensión de 2000 hectáreas, en cada uno de los cuales se construiría una gran residencia, con lugares para esparcimiento, biblioteca y dormitorios para todos los miembros, mientras los campos de cultivo estarían alrededor del gran edificio social.

Por su parte, Robert Owen, propietario de una industria textil, criticó el sistema de propiedad industrial y fue un precursor del cooperativismo. En su fábrica de New Lanark, en Escocia, trató de experimentar métodos de trabajo más humanos para los obreros, acortando la jornada laboral y proponiendo subsidios de paro y jubilación. Serían las cooperativas de producción y consumo las que organizarían la economía del futuro y eliminarían



El falansterio fue uno de los modelo que adoptarían las comunas hippies del siglo XX.

las injusticias sociales del capitalismo. Se preocupó, también, de la humanización de la educación infantil y propuso la creación de los parvularios. Creía que los factores sociales condicionaban el comportamiento humano.

Proudhon, el primer teórico del anarquismo, dictaminó que «la propiedad es un robo», aunque esta frase tan posteriormente famosa acabó por distorsionar el verdadero contenido de su obra. Pensaba que toda propiedad debe estar basada en el trabajo de cada uno y que nunca se debe vivir de las rentas de otros. Su proyecto lo sustentaba en trabajadores independientes que no explotaban a otros trabajadores y una sociedad sin Gobierno ni burocracia. El penúltimo de los «socialistas de anticipación» que veremos aquí, el también francés Louis Blanc, fue el primero en formular el concepto de «cuarto estado», es

decir, aquella categoría social que mostraba a las claras que los trabajadores tenían intereses distintos a los del «tercer estado», la burguesía, protagonista de la Revolución Francesa. También Étienne Cabet defendió en los años 30 y 40 del siglo XIX ideas comunistas que se hicieron muy populares por medio de su novela *Viaje a Icaria* (1840) e intentó asimismo sin éxito fundar en Estados Unidos comunidades igualitarias.

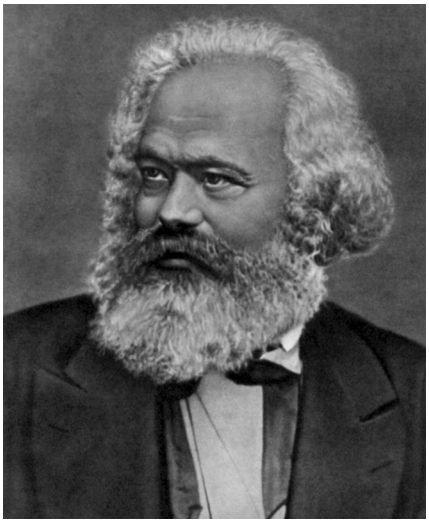
De El Manifiesto comunista a la I Internacional

Lo que hemos llamado, habitualmente, «socialismo» no hubiera sido lo mismo sin la aportación de Karl Marx y de su amigo Frederick Engels. Fueron ellos los que dieron coherencia a una teoría social e histórica y a una práctica de asociación que caló entre los asalariados de muchos oficios, autónomos, pequeños comerciantes y obreros de las nuevas fábricas. A todos ellos los unieron bajo el nombre de «proletariado» en contraposición a la «burguesía», poseedora de los medios de producción. Los proletarios debían trabajar para ella generando con su trabajo una plusvalía que favorecía la acumulación y el beneficio capitalista. Los sectores intermedios —artesanos, pequeños comerciantes, autónomos— van desapareciendo y se proletarizan ante el avance imparable de la gran industria y el sector financiero. Al final, según lo ideado por ambos, llegaría el enfrentamiento final entre la burguesía y el proletariado, del mismo modo que sucedió entre los burgueses y los privilegiados aristócratas del Antiguo Régimen, simbolizado en la Revolución Francesa. «¡Proletarios de todo el

mundo, uníos!» fue la consigna que pretendía animar a los trabajadores a asociarse, puesto que, como Marx afirmaba, los filósofos se habían encargado, hasta la fecha, de explicar el mundo y ahora había que transformarlo.

Marx provenía de una familia judía. Nació en Tréveris, en Renania-Palatinado, el 5 de mayo de 1818, y falleció en Londres, el 14 de marzo de 1883. Su padre era abogado y se había convertido al luteranismo para evitar problemas de antisionismo. Empezó estudiando Derecho en Bonn, y acabó en Berlín Filosofía e Historia. Entró en contacto con grupos radicales, los llamados «hegelianos» de izquierda. Se doctoró, pero el Estado prusiano (Alemania como Estado unificado no existirá hasta 1870) no le permitió dar clases en la universidad y se dedicó al periodismo, lo que le facilitó conocer muchos aspectos de las condiciones sociales y políticas de los trabajadores alemanes. Viajó a Paris en 1843, donde conoció a Engels, hijo de un gran empresario alemán, que sería su amigo inseparable hasta su muerte. Tomó contacto con socialistas franceses, entre ellos Proudhon, del que más tarde, en 1847, criticaría violentamente su trabajo *Filosofía de la miseria* con su propio escrito titulado en contraposición *Miseria de la Filosofía.*

El filósofo alemán Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831) había diseñado un sistema, la dialéctica, según el cual la historia de la humanidad se desarrollaba en un proceso de contrastes de ideas (tesis-antítesis y síntesis). Marx y Engels transformaron la *dialéctica* hegeliana en el *materialismo dialéctico,* por el que se interpretaba la historia como un proceso de lucha de clases sociales. Así, la esclavitud habría dado paso a la servidumbre feudal y esta, a su vez, fue revocada por la burguesía.



Karl Marx pensaba que los filósofos habían explicado el mundo, ahora se trataba de cambiarlo.

En 1848, Marx publicó, junto con Engels, *El Manifiesto comunista*, encargo que le hizo la Liga de los Justos de Londres, asociación que provenía de las organizaciones secretas de artesanos suizos, franceses e ingleses. Ambos ingresaron en ella y le cambiaron el nombre por «Liga Comunista». El texto enlazaba con la tradición comunista de Babeuf, quien había propuesto un programa de construcción alternativo al capitalismo. Además, quisieron diferenciarlo de los «socialistas utópicos». De hecho, los partidos socialistas que se constituirán a finales del siglo XIX, sustentados principalmente en el marxismo, recuperarán el término *socialista*, atribuyéndole, como hicieron Marx y Engels, el carácter de «socialismo científico». Pero no será hasta la Revolución Rusa cuando vuelva a utilizarse la palabra *comunista* para diferenciarse de los *socialistas,* que no aceptaron

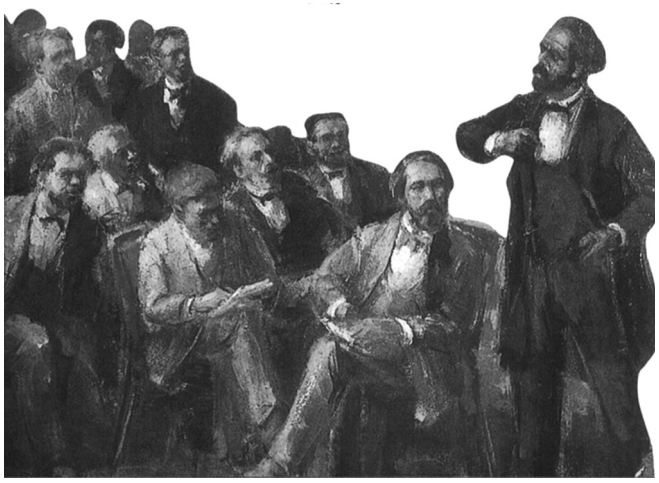
las tesis de la III Internacional, fundada, como veremos, después del triunfo bolchevique en 1917. También Marx interpretó que el comunismo sería la etapa final del socialismo, donde a cada uno se le daría según sus necesidades y cada cual aportaría según sus capacidades, algo que recuperó posteriormente Lenin, el principal dirigente de la Revolución Rusa. *El Manifiesto comunista* resumía lo que significaba el marxismo como interpretación de la historia y la acción política del proletariado, la clase obrera, que debía superar las fronteras de los Estados —los proletarios no tienen patria— y unirse para la lucha final contra la burguesía. Vaticinaba que la clase burguesa entraría en crisis ante la codicia por obtener mayores beneficios, lo que provocaría la unión del proletariado: «Que la clase dirigente —concluía *El Manifiesto*— tiemble con la revolución comunista».

Marx fundó con Engels en la ciudad alemana de Colonia un periódico, representativo de la izquierda radical, en el que analizaba las consecuencias de la Revolución de 1848, durante la cual se escenificó la separación de la burguesía y el proletariado en su alianza por una mayor democratización política: la burguesía se dio cuenta de que la confluencia con la clase obrera perjudicaba sus intereses. Después del fracaso de la Revolución de 1848 —que se había extendido principalmente por Francia, Alemania y Austria—, la Liga Comunista no resistió y Marx fue expulsado de Alemania. Se exilió en Londres, acompañado de su mujer, Jenny, que siempre le apoyó en todo, con la que tendría cuatro hijas (una de ellas muerta al nacer) y un hijo, Edgar, que fallecería joven, en 1855. Allí vivió hasta su muerte en 1883, en no muy buenas condiciones, y su carácter se hizo cada vez más adusto y crítico a medida que su salud se dete-

rioraba. En la Biblioteca del Museo Británico pasaba los días estudiando y profundizando en su análisis sobre el capitalismo, mientras colaboraba en la prensa inglesa y recibía ayuda económica de su amigo Engels, que lo visitaba con frecuencia, o pequeñas herencias de sus suegros o sus padres, pero que gastaba rápidamente. Su hija menor, Eleonor, nunca aceptó que su padre tuviera un hijo, Freddy, del que Marx no se ocupó, con el ama de llaves, Helene Demuth, que vivía con la familia, y ella se lo atribuyó a Engels. Marx siempre tuvo miedo a que su mujer lo descubriera y pidiera la separación. El hijo nunca supo quién era su padre. Engels desmentiría la paternidad de Freddy días antes de morir.

Marx culminó toda una obra teórica en *El capital,* cuyo primer volumen se editó en 1867. Los siguientes dos tomos los publicaría Engels en 1885 y 1894, cuando Marx ya había fallecido. En ellos analiza los procesos de producción y distribución del capitalismo desde la perspectiva del materialismo histórico. Aparecen conceptos que, posteriormente, han sido muy debatidos por los economistas, politólogos, sociólogos e historiadores: plusvalía, alienación, acumulación primitiva de capital, salarios, tendencia a la baja de la tasa de ganancia, concentración del capital, empobrecimiento de obreros y pequeños propietarios y clase social. Este último concepto, *clase social,* lo utiliza Marx como elemento clave pero no lo define con claridad porque para él la cuestión estaba clara en el dualismo burguesía —propietaria de los medios de producción— y proletariado —generador de plusvalía— donde acabarían todos los que utilizan su fuerza de trabajo para subsistir.

Pero no solo se limitó a estudiar y publicar sino que continuó con su labor de activista. Estuvo en contacto



Marx en una convención de la Liga Comunista en 1847.

con dirigentes obreros de Alemania, debatiendo las tesis de Ferdinand Lassalle, un agitador político que tenía predicamento en círculos obreros alemanes y analizó la dinámica de los salarios de los trabajadores que, como veremos, Marx discutió radicalmente (la ley de bronce de los salarios). El 28 de septiembre de 1864 se reunió con obreros de Italia, Gran Bretaña y Francia y con personajes independientes, generalmente exiliados, en la Saint Martin's Hall de Londres y, junto a ellos, fundó la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), de cuyo manifiesto inaugural el propio Marx sería autor. La AIT fue, desde el principio, una amalgama de asociaciones obreras de diferente carácter ideológico con adhesiones individuales de revolucionarios o reformistas sociales que formaban parte de círculos que deseaban cambiar la sociedad.

En los congresos celebrados entre 1866 y 1872, la AIT admitió la colectivización de los medios de producción industriales y de la tierra, así como la utilización de la huelga para conseguir mejoras en las condiciones de trabajo. El objetivo final era lograr la emancipación de todos los asalariados que, según la consigna de la propia Internacional (pues con ese nombre pasará a ser conocido ese proceso congresual de la AIT: «la I Internacional»), ha de ser obra de los mismos trabajadores y para ello había que fomentar en todos los países la formación de asociaciones (sindicatos) y las cooperativas impulsadas por ellos. En el II Congreso de Lausana de 1867 se ratificó que la emancipación social de los trabajadores debía ir pareja a la emancipación política.

En el III Congreso de la AIT, celebrado en Bruselas en 1867, participó un español, el maquinista catalán Marsal Anglora, con el seudónimo de «Sarro Magallán» para no ser identificado por las fuerzas del orden de España, donde todavía reinaba Isabel II con Gobiernos cada vez más represivos que provocarían la Revolución de 1868, con el general José Prim i Prats a la cabeza y el destronamiento de la reina borbona.

La proclamación en España de otra monarquía con Amadeo I, de la Casa de Saboya, y la nueva Constitución de 1869 posibilitaron una mayor libertad de las asociaciones obreras españolas, que acabarían en 1873 con la derrota de la I República. Al IV Congreso de Basilea de 1869 ya asistió toda una delegación española, aunque la Internacional en España no consiguió, en sus inicios, una expansión alta y la mayoría de las agrupaciones obreras seguían defendiendo reivindicaciones corporativas de mejoras salariales. En el siglo XIX, habían surgido en Cataluña algunas asociaciones de resistencia que hacían

suyas ideas de Fourier y de Proudhon, cuyas obras principales fueron traducidas al español por el republicano federal Francesc Pi i Margall, quien fue durante poco tiempo presidente de la I República española en 1873.

Hasta 1840, en que se constituyó en Cataluña la principal zona industrial del país, la Sociedad de Mutua Protección de Tejedores del Algodón, no se tiene constancia de la existencia de una organización obrera con fines reivindicativos en toda España. Sin embargo, pronto sería ilegalizada al enfrentarse con los patronos y defender la instauración de la república. Las noticias sobre la Revolución de 1848 en diversos países de Europa hicieron que uno de los gobernantes más influyentes de la época, el general Ramón María Narváez, representante del moderantismo liberal español, desencadenara una mayor represión de las asociaciones obreras, que pasaron a la clandestinidad. Solo se mantuvieron las que tenían un carácter mutualista, también llamadas «de socorro mutuo», cuya finalidad era ayudar a los trabajadores enfermos o en el paro, algo que, por supuesto, en aquella época el Estado no cubría.

En el Congreso de Basilea de 1869 surgirá la primera polémica importante entre Marx y uno de los fundadores del movimiento anarquista, el ruso Mijaíl Bakunin, al proponer este que se aboliera la herencia, algo que Marx consideraba descabellado en la estrategia de las reivindicaciones del movimiento obrero. A partir de entonces, la AIT entró en una dinámica de enfrentamiento, como comentaría el sindicalista español Anselmo Lorenzo quien, en 1871, se trasladó a Londres, donde conoció a Marx en una conferencia de la Internacional y acusó al ruso Mijaíl Bakunin de mantener una organización clandestina, la Alianza, al margen de

la Internacional, para hacer proselitismo de su concepción revolucionaria.

Las disidencias entre marxistas y anarquistas llevaron a la desaparición de la AIT. En el Congreso de La Haya de 1872, los que defendían los planteamientos marxistas propusieron la creación de organizaciones políticas obreras que compitieran en el sistema parlamentario liberal y contribuyeran a proponer leyes que favorecieran la conciencia de clase obrera. Los socialistas libertarios o anarquistas no aceptaron la resolución y crearon otra Internacional, la llamada «de Saint Imier» o «Internacional Antiautoritaria», que se atribuyó la herencia de la fundada en 1864, y continuó con sus congresos hasta 1877. En cambio, la marxista acabó estableciendo su Consejo General en Nueva York y se extinguió en 1876.

Dos formas de entender la futura sociedad socialista: Bakunin y Kropotkin versus Marx. La Comuna de París como símbolo

La ansiada unión de todos los proletarios que pretendían cambiar el capitalismo no se produjo. El socialismo marxista tuvo la competencia del socialismo o comunismo libertario, conocido también por «anarquismo», cuyas pugnas se iniciaron en la I Internacional. El movimiento obrero en Francia, España, Suecia, Italia, Rusia y algunos países sudamericanos como Argentina, Cuba, México, Perú y Uruguay fue controlado, en competencia con los socialistas, por los anarcosindicalistas que rechazaban la participación política de la clase obrera

y cuyos militantes procedían, en su mayor parte, de la cultura anarquista o sindicalista revolucionaria y, aunque podían admitir algunas de las propuestas y análisis de Marx, en ningún caso asumieron la formación de partidos socialistas para competir en las elecciones parlamentarias. Su fuerza duró hasta la I Guerra Mundial (1914-1918), excepto en España, en que, a través de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), creada en 1911, y los distintos grupos anarquistas, constituidos por un número reducido, que se esparcieron por todo el país, mantuvieron una presencia sindical y social importante hasta 1939, año en que terminará la Guerra Civil. En noviembre de 1936, con la sublevación militar encabezada por Francisco Franco ya empezada, cuatro anarquistas aceptaron ser ministros en el Gobierno de la II República, presidido por el socialista Francisco Largo Caballero. Fue todo un símbolo de la pérdida de una de sus características ideológicas más señalada, la abolición de los Gobiernos y los Estados, que había influido en varios sectores sociales, obreros principalmente, desde la AIT, como alternativa a la interpretación y estrategia marxista de los procesos sociales.

Bakunin es considerado el fundador del movimiento anarquista, aunque estos defendieran que el anarquismo tiene sus raíces en toda la historia de la humanidad, es decir, en todos aquellos que lucharon contra la autoridad erigida porque la naturaleza humana ha sido pervertida por la autoridad de los Gobiernos y de los Estados. No fue un teórico importante, aunque escribió artículos, folletos y libros, exponiendo sus ideas sobre la abolición de toda autoridad. Destacó por su gran capacidad conspirativa y por crear sociedades secretas, compuestas por un grupo de adictos, para provocar insurrecciones, porque estaba más preocupado por la agitación social que por las

alternativas para construir una sociedad sin Estado, y en esto se dejaba llevar por las ideas colectivistas de Proudhon. Lo más importante para Bakunin, que incluso participó en varios intentos insurreccionales en distintas ciudades europeas, era la acción: destruir la organización política, la autoridad de los Gobiernos o las Iglesias, que eran los principales soportes del capitalismo, y causa primera de las injusticias sociales.

Tenía como lema: «El aliento de la destrucción es un aliento creador». Afirmaba Bakunin que destruyendo las instituciones podían abolirse las clases privilegiadas del capitalismo; alentó el movimiento paneslavista con la idea de unir a todos los pueblos eslavos dispersos bajo el dominio de alemanes, rusos, o austriacos; fletó incluso un barco para luchar por la independencia de Polonia, país cuya reunificación consideraba debería darse mediante una federación de pueblos libres; y, en el caso de Rusia, consideró que sería el campesino el protagonista de los cambios revolucionarios. Marx pensaba, en tanto que alemán, que los pueblos eslavos estaban atrasados y representaban un peligro para la revolución socialista. Más bien apoyarían la contrarrevolución, como lo hicieron los eslavos que vivían en el Imperio Austrohúngaro en 1848, porque tenían en Rusia su modelo de Estado. Eran contrarios a los nuevos tiempos, por su atraso económico y su desvinculación de las reivindicaciones proletarias. Para Marx la revolución no podía protagonizarla más que el proletariado industrial, mientras el campesino era una parte subsidiaria de la clase obrera incapaz de movilizarse por sí mismo, y, de hecho, se alegró de la derrota de Francia en la Guerra Franco-prusiana de 1870 porque creía que así, con mayor rapidez, se desarrollaría la conciencia de clase de los trabajadores alemanes, los

más avanzados en el trabajo industrial de la Europa continental.

Bakunin no compartía estos análisis y se enfrentó a Marx. Lo mismo ocurrió con la visión que tuvieron ambos de los sucesos de la Comuna de París, iniciada el 18 de marzo de 1871. Las clases populares parisinas se rebelaron contra los políticos reunidos en la Asamblea Nacional, después de la capitulación frente a Prusia tras la derrota en la Guerra Franco-prusiana, y proclamaron la Comuna. Se constituyó un Consejo revolucionario formado por una gama muy variada de sectores: republicanos radicales, antiguos jacobinos, mutualistas, anarquistas, socialistas… Creó la milicia nacional, entregó a los trabajadores los talleres abandonados y propuso nacionalizar las grandes empresas. El 27 de mayo de 1871, Adolphe Thiers, el nuevo hombre fuerte de la política francesa, que establecería la III República después de la huida del emperador Napoleón III con la ayuda de las tropas alemanas acampadas en las afueras de París, disolvió por la fuerza la Comuna, y los *communards* fueron aplastados. La represión fue cruenta e intensa y se calcula que murieron más de 17 000 personas y 45 000 serían procesados.

Los Gobiernos europeos vieron en la Comuna un ejemplo de lo que podía suponer la revolución social y se prestaron, con el mayor ahínco, a reprimir a los internacionalistas. Marx la consideró el primer caso de poder obrero y un estímulo para extender la Internacional reforzando la centralización de los poderes de su Consejo General, algo que rechazaba Bakunin por ser partidario de la máxima descentralización. Para él, la lucha de los *communards* fue un ejemplo de posiciones antiautoritarias ante los poderes políticos y un antecedente de la sociedad libertaria. Más tarde, el líder de los bolcheviques



Miembros de la Comuna en la calle Saint-Sébastien de Paris.

rusos, Lenin, afirmaría que en ella se había practicado ya la dictadura del proletariado.

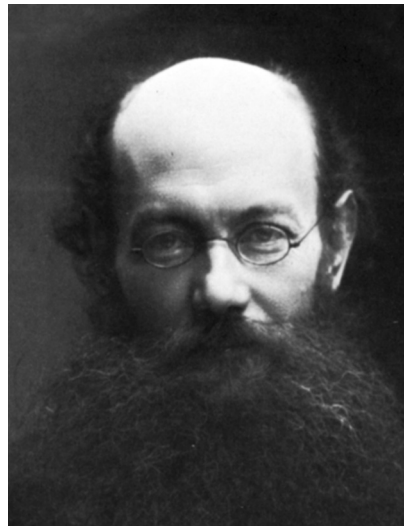
El príncipe Piotr Alexandrovich Kropotkin (1842-1921), miembro de una aristocracia rusa más influyente y poderosa que la de Bakunin, fue el que dio cierta consistencia al anarquismo, y construyó las bases teóricas del comunismo libertario. Combinó durante una parte de su juventud la acción revolucionaria, colaborando en distintas revistas, alentando la insurrección y justificando el terrorismo anarquista, cuando este practicó «la propaganda por la acción», con diversos atentados a personalidades o instituciones que para los anarquistas eran representativas de la explotación capitalista. Sin embargo, Kropotkin se dio cuenta de que las acciones violentas producían una mayor represión y les quitaban apoyo social entre sectores obreros e intelectuales. Incluso muchos

libertarios rechazaron estas acciones por considerarlas perjudiciales para la extensión del anarquismo. Vivió posteriormente, después de pasar un tiempo condenado en Francia, una vida tranquila, con la publicación de diversos artículos y libros, en su exilio de Londres y regresó a Rusia después de la revolución de 1917. Fue en sus inicios un buen geógrafo y durante un tiempo investigó las tierras ignotas de Siberia y redactó varios artículos para la *Enciclopedia Británica.* Su figura despertaba simpatía como santón del anarquismo, con una imagen afable. El dirigente del Partido Laborista Independiente británico, Keir Hardier manifestó a principios del siglo XX que «si todos fuéramos Kropotkin, el único sistema posible sería el anarquismo».

Kropotkin defendió el comunismo libertario desde una concepción teórica diferente al marxismo. El elemento clave era cómo la humanidad había caído en la dominación de unos sobre otros, estableciendo aparatos de poder que defendieron a los privilegiados y habían trastocado el orden de la especie humana. Pensaba que la sociedad debía estar en conjunción con el pensamiento científico que cada vez profundizaba más en el conocimiento de todas las facetas de la tierra y sus habitantes. Pretendía fundamentar el cambio social en la ciencia, en la biología y en la física principalmente. El progreso se conseguía por la superación de los conflictos y no por la síntesis dialéctica que Marx predicaba.

La naturaleza es la que determina los procesos naturales y sociales para Kropotkin. Cada elemento del universo tiene su propia manera intrínseca de comportarse. La lucha por la existencia había sido el eje de la supervivencia y desde ella da una interpretación de Darwin que algunos habían traducido como la supervivencia

de los más aptos en la sociedad. Su trabajo enlaza con la obra de William Godwin y propondrá «el apoyo mutuo», igual que los animales de una misma especie se protegen a través de la cooperación o como puede apreciarse en muchos pueblos primitivos. Parte de la colectivización de todos los medios de producción y los bienes obtenidos y considera que no habrá distinciones salariales según la actividad desarrollada. Creía que muchas de las cosas producidas por el capitalismo eran innecesarias y podía vivirse con más sobriedad en comunas independientes que tenían que tener una extensión parecida a algunos de los estados de Estados Unidos, sin necesidad de Gobiernos, proporcionando a todos sus necesidades básicas porque cualquier distinción conduce a la desigualdad. Y sobre todo entendía que la historia no está regida por la lucha de clases ni el proletariado es la vanguardia que haya de eliminar todas las injusticias. Los privilegiados son aquellos que han establecido la autoridad sobre los demás en cualquier tiempo y circunstancias, y para alcanzar la justicia social era necesario destruir el poder de los Estados, que requiere un territorio, un Ejército y una burocracia. De igual manera que en la historia de la humanidad ha existido la pugna entre los instintos destructivos y la solidaridad. Y aunque los obreros sean los más perjudicados del sistema ello no obsta para que cualquier persona de otras clases sociales pudiera tener conciencia de la situación y luchar también por el cambio de las condiciones de vida que había traído la industrialización porque ello va implícito en la naturaleza humana donde ha habido una lucha constante entre el bien y el mal, entre los que aspiran a instalar la naturaleza cooperativa y aquellos que se han refugiado en el Estado para mantener sus privilegios y cercenar la

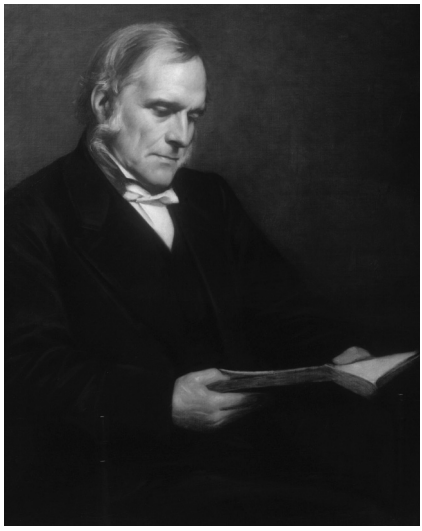


Piotr Kropotkin, principal teórico del anarcocomunismo. Fotografía tomada por Gaspard-Félix Tournachon, conocido como Nadar.

libertad. Pero cada vez es mayor la tendencia a la revolución que reconduzca a las sociedades al apoyo mutuo, suprimiendo la distinción entre campo y ciudad, logrando la simbiosis entre industria y agricultura.

El socialismo cristiano

En el siglo XIX, el término «socialismo» no solo abarcó al marxismo o, en todo caso, al anarquismo, que fueron las ideologías más significativas del movimiento político y sindical que se creó a finales del siglo XIX y se expansionó en el XX. También existieron grupos que desde el cristianismo, en todas sus versiones, católicos, protestantes y ortodoxos, utilizaron el término para definir un planteamiento contrario al capitalismo desde la



Frederick Denison Maurice (fotografía tomada por Samuel Laurence) fue uno de los fundadores del socialismo cristiano.

concepción cristiana. Así, entre 1848 y 1854 figuras como F. D. Maurice (1805-1872) y el pastor anglicano J. M. Ludlow establecieron un grupo para entresacar de La Biblia elementos que sustentaran la colectivización de la propiedad. Maurice propugnó asociaciones obreras cristianas en Londres. Y en 1877 Stewart Headlam fundó el gremio de San Mateo. Pero fue en 1889 cuando se organizó la Unión Cristiana Social, cuya figura más destacada fue B. F. Westcott (1825-1901), que era un católico liberal.

Fue en 1906 cuando se creó La liga de la Iglesia Socialista, de base anglicana, que propuso la abolición de la propiedad y la producción colectivista. En Francia también surgieron grupos que se plantearon las condiciones de los trabajadores y propuestas cooperativas. La figura de Fourier, que no era religioso, influyó en algunos ca-

licos por su idea de la «armonía social». En Alemania, un obispo, Von Ketteler de Maguncia (1811-1877), se opuso al capitalismo y propugnó las cooperativas de producción y consumo impulsadas por cristianos. La encíclica de León XIII *Rerum novarum* (1891) asumió un catolicismo social dirigido a los trabajadores, rechazando el capitalismo y el socialismo marxista, y contribuyendo a fomentar los círculos y sindicatos católicos que en algunas zonas de Alemania, Bélgica, y España hicieron la competencia al sindicalismo socialista o anarquista. En el siglo XX, algunos teólogos pretendieron enlazar el marxismo con el cristianismo. La actitud católico-social implica una conciencia del problema social que va más allá de la beneficencia y la caridad. Es el proceso que lleva a descubrir las exigencias de la justicia social, además del deber moral de la caridad.